

## Ἄλφος y «albarazo»: estudio diacrónico de un campo semántico

Bárbara Pastor de Arozena

University College. Londres

### Abstract

This paper focuses on the history of two words: Greek ἄλφος and Spanish «albarazo», both meaning «leprosy», which is characterized by a white colour. Based on literary sources and archaeological evidence, the author states that the word for leprosy depicts, in most languages, the roughness, the colour, and the aspect of the illness itself. And this is not only in the Indo-European languages, but in the Semitic family as well. Through a semantic analysis of the word «albarazo» as used by Cervantes, the author gets to the conclusion that it should be considered not just of arabic origin, as commonly accepted, but seen as a term cognated with Greek and with some other Indo-European languages.

La influencia que una lengua ejerce sobre otra conforma la noción de «préstamo lingüístico», y aporta nuevas teorías sobre estructuras de la lengua y su relación entre sí. Las investigaciones genealógicas del siglo XIX distinguieron entre lengua «prestataria» y lengua «hereditaria», y así se pudo observar la relación entre distintas familias<sup>1</sup>.

En la reconstrucción de etimologías, las fuentes desempeñan un importante papel por su información histórica y cultural en lo que, de otro modo, puede reducirse a conjeturas en ese resbaladizo campo de las etimologías<sup>2</sup>. Inscripciones, papiros y textos aportan datos aprovechables en la lexicología diacrónica de las palabras, y ofrecen una evidencia de su uso sincrónico. El rigor del etimologista es inseparable del testimonio histórico, mas no hay que pasar por alto la base ideológica, que revela muchas veces lo que la explicación lingüística no consigue. Hay que buscar también la coincidencia conceptual y no la simple identidad lexicológica, que pueden, ocasionalmente, diferir. Cuando se trata, por ejemplo, de nom-

1. Así Hübschmann y Meillet pudieron probar que el armenio era una rama autónoma del indoeuropeo. Cf. A. Meillet, «Sur les mots iraniens empruntés par l'arménien». BSL 17 (1911): 142-250.
2. Cf. H. y R. Kahane. «The Role of the Papyri in Etymological Reconstruction». ICS 3 (1978): 207-20, quienes estudian, a la luz de los papiros, palabras conflictivas para los etimologistas.

bres de animales que pasan a denominar diversas plantas<sup>3</sup> y tipos de naves<sup>4</sup>, o de manifestaciones naturales que describen enfermedades, no hay que olvidar que la íntima relación entre hombre, animal y naturaleza se remonta a los tiempos primitivos. El hombre primitivo emplea su saber con fines utilitarios, y descubre en la naturaleza la fuente que le proporciona remedio a sus propias enfermedades.

El propósito de este artículo es analizar el campo semántico de «lepra», desde sus distintos nombres en griego, hasta su denominación en árabe, y, subsiguientemente, en español. Suele ser acogido con reserva cualquier intento de llevar las lenguas clásicas más allá de las familias indoeuropeas; sin embargo, es notoria la cantidad de vocablos griegos y latinos que deben su última etimología a las lenguas semíticas, o de términos médicos que son préstamos del egipcio<sup>5</sup>. La confusión de lenguas en el Cercano Oriente no puede ser mitigada con sólo aplicar el nombre de indoeuropeos a los pueblos del Norte, y de semíticos a los del Centro y Sur, desde Asiria hasta Arabia, porque la realidad no es tan fácil de delimitar como quieren los nombres y las definiciones. La división de territorios diversifica naturalmente el lenguaje y las tradiciones, que, no obstante, se entremezclan con el curso del tiempo y de las migraciones. Existe, en efecto, cierta analogía entre civilización y enfermedad infecciosa. Ambas pasan de una comunidad a otra por contacto, y, cuando se extienden, uno se pregunta cuál fue el lugar de origen, o si hubo varios a la vez<sup>6</sup>. Si se trata de palabras técnicas, o de usos léxicos aislados en la literatura, conviene saber su historia, pues ésta nos da, normalmente, datos más precisos que su simple etimología.

Nuestro análisis parte de la acepción que se viene dando a «albarazo» en los diccionarios españoles, que creemos inexacta a la luz de un importante testimonio en nuestra literatura: Cervantes.

3. Entre ellas, la planta «egilope», que, por analogía con la cabra, da nombre a la enfermedad «egilopía». Sobre la transferencia de la planta a la enfermedad, vid. L. Gil. *La Medicina popular en el Mundo Clásico* (Madrid 1969): 210-13.
4. Por ejemplo, la «galera», del gr. γαλέα, «comadreja»; la «carabela», de κάραβος, «cangrejo»; la «falúa», del ár. *falâwa*, «potranca», etc.
5. Muchos son los términos árabes utilizados por Plinio; cf. J. H. Mordtmann. «Himjarische Glossen bei Plinius». *Z. dtsch. morgenl. Ges.* 30 (1876): 320-24. H. Lewy. *Die semitischen Fremdwörter im Griechischen* (Berlín, 1895): 41-2; A. Cuny. «Les mots du fonds préhellénique en grec, latin et sémitique occidental». *Rev. ét. Anc.* 12 (1910): 154-164; E. Masson. *Recherches sur les plus anciens emprunts sémitiques en grec* (París, 1967): 56; F. Bron. «Sur un emprunt sémitique en grec et en latin». *R. Phil.* 59 (1985): 95-6; F. Skoda. «Σπατάγγης, Un emprunt ou un mot grec?». *R. Phil.* 59 (1985): 77-85; F. Bron. «De quelques noms d'aromates chez Pline l'Ancien». *MH* 43 (1986): 131-34; M. Masson. «Remarques étymologiques sur quelques mots grecs relatifs au vocabulaire médical». *R. Phil.* 63 (1989): 195-210. Sobre las palabras griegas de origen egipcio existe una buena bibliografía, de la cual merece resaltar: A. Wiedemann. *Sammlung altägypt. Wörter, welche von klass. Autoren ungeschrieben oder übersetzt worden sind* (Leipzig, 1883); D. Mallet. *Les premiers établissements des Grecs en Egypte* (París, 1893); S. Spiegelberg. «Aegyptische Lehnwörter in der älteren griech. Sprache». *K. Z.* 41 (1907): 127-34, que estudia las palabras de uso común en griego; y la obra de P. V. Ernstedt. [*Préstamos egipcios de la lengua griega*], escrita, lamentablemente para nosotros, en ruso (Moscú, 1953).
6. En su estudio sobre la transmisión de la ciencia griega a los árabes, L. O'Leary analiza este aspecto brillantemente: *How Greek Science passed to the Arabs* (Chicago 1972<sup>2</sup>), esp. la Introducción.

En un pasaje del *Quijote*, Cervantes relata la sorpresa de unas damas ridiculizadas por Malambruno, que con malas artes puebla sus bellos rostros de barbas, «cuáles rubias, cuáles negras, cuáles blancas y cuáles *albarrazadas*». Y dice de unos ratones: «Dellos son blancos, dellos *albarazados*, dellos jaspeados y dellos azules, y finalmente todos son ratones»<sup>7</sup>.

El DRAE define «albarazado» como: «de color mezclado de negro o cetrino y rojo, abigarrado»<sup>8</sup>. Tal definición, consecuencia de una errónea etimología que hace derivar «albarazo» de *wárs*, «planta que produce un color entre amarillo y rojo», es rechazada por Corominas<sup>9</sup>, quien, proponiendo su origen árabe (*al-baras*: la lepra), lo define como «especie de lepra que hace salir manchas blancas a la piel». Esta definición es similar a la del DRAE: «Herpe caracterizada por manchas ásperas y escamosas en el cutis». García de Diego, por su parte, lo explica como: «lo pintado»<sup>10</sup>. Ante tantas acepciones, creemos conveniente un estudio léxico de esta enfermedad.

Los testimonios más antiguos sobre lepra son indios, quienes la llamaron por el «color ceniza» de la parte afectada<sup>11</sup>. Por «lepra» fueron también traducidos los términos acadio *saharšubhū* y hebreo *tsarā'ath*, «blanca como la nieve»<sup>12</sup>. En griego, λέπρα es el más usual, aunque no el único. Dispone esa lengua de varios términos para designar la lepra: ἄλφός, ἑλεφαντίασις, λελεφία, que significan «mancha blanca», «aspecto de elefante», y «escama», respectivamente<sup>13</sup>. Las referencias a la lepra en las fuentes griegas pertenecen, sin embargo, a una civilización distinta a la griega. Heródoto es quien por vez primera habla de esta enfermedad, al describir las costumbres persas: «A cualquier ciudadano que tuviese lepra o albarazos no le es permitido ni acercarse a la ciudad ni tener comunicación con los otros persas; porque están en la creencia de que aquella enfermedad es castigo de haber pecado contra el sol. A todo extranjero que la padece, los más de ellos le echan del país, y también a las palomas blancas»<sup>14</sup>.

7. La que interesa a nuestro propósito es la primera. Vid. el artículo de A. Steiger. «Aufmarschstrassen des morgenländischen Sprachgutes». *Vox Romanica* 10 (1949): 19.

8. DRAE (Madrid, 1984<sup>20</sup>): 54.

9. J. Corominas - J. A. Pascual. *Diccionario Crítico Etimológico castellano e hispánico*. Vol. 1 (Madrid, 1980): 114-115.

10. V. García de Diego. *Diccionario Etimológico español e hispánico*. Rev. aum. de C. G. de Diego (Madrid, 1985): 451. Cf. *Enciclopedia Ilustrada Espasa-Calpe*. Vol. 4 (Madrid, 1973): 88: «Empeines que forman manchas blancas en la piel, según la denominación árabe».

11. Cf. M. Schär-Send. «Die Lepra». En H. M. Koelbing et al., *Beiträge zur Geschichte der Lepra* (Zurich, 1972): 11-33; I. Simon. «La dermatologie hébraïque dans l'Antiquité et au Moyen Âge». *Rev. Hist. Méd. Hébr.* 27 (1974): 149-54.

12. M. D. Grmek. *Les maladies à l'aube de la civilisation occidentale* (París, 1983): 227-60. Como lectura de referencia, H. E. Sigerist. *A History of Medicine. Early Greek, Hindu and Persian Medicine* (Oxford 1961).

13. Sobre este término, de etimología desconocida para Frisk, Chantraine y LSJ, publicó un magnífico artículo E. Benveniste. «Un nom grec de la lepre». *R. Phil.* 38 (1964): 7-11.

14. Hdt. 1, 138.

Tres conceptos, pues, describen la lepra:

1. color «blanco»
2. aspecto «áspero»
3. naturaleza «escamosa»<sup>15</sup>.

Mas, ¿de dónde procede la definición de «albarazo»: «Mancha blanca en el cuerpo del hombre... mancha áspera y escamosa en el cutis», si su etimología es árabe, *al-baras*, «la lepra»? ¿Qué étimos la definen como «blanca», «áspera», y «escamosa»?

La literatura médica del siglo I nos transmite una receta contra la lepra, que distingue entre: elefantiasis, escamas, y manchas blancas<sup>16</sup>.

Celso describe la elefantiasis: «... con numerosas manchas en todo el cuerpo. La piel se vuelve gruesa y fina de manera irregular, se pone dura y blanda, áspera y suave, de modo que parece cubierta de escamas...»<sup>17</sup>. Este término, que pervive en la medicina actual, conserva su relación etimológica con el griego: «La *elephantiasis* en sí misma no es más que la expresión anatómica de la lesión... enfermedad debida a la presencia de diversas filarias en la dermis, las cuales provocan un engrosamiento en el organismo contaminado...»<sup>18</sup>. La metonimia<sup>19</sup> como recurso para nombrar una enfermedad es usual en los pueblos primitivos, que siguen el sistema de analogías para curarlas. En este caso la metonimia es obvia, como lo es su etimología. Mas no siempre basta la etimología inmediata para conocer la

15. Los términos griegos utilizados por Heródoto corresponden al persa *nugdu*, «blanco», y *pūsu*, «aspereza», respectivamente.
16. Πρὸς οὖν τὰς ἀληθόνας τῆς κεφαλῆς καὶ ἄρχῆν ἐλεφαντιάσεως καὶ κελεγίας καὶ λευκασίας τὰς περὶ τὸ σῶμα γιγνομένας, καὶ πάσαν τὴν κακίστην λέπραν, τὸ στέαρ τῶν δρακόντων μετὰ χυλοῦ τῆς βοτάνης κατὰρχε πρῶτῃ καὶ ὀψέ. En F. de Mély. *Les lapidaires de l'Antiquité et du Moyen Âge*, t. II: C. E. Ruelle. *Les lapidaires grecs* (París, 1898): 15.
17. Cels. *De Medic.* 3, 25: *Summa pars corporis crebras maculas crebrosque tumores habet... Summa cutis inaequaliter crassa, tenuis, dura mollisque, quasi squamis quibusdam exasperatur*, ed. W.G. Spencer (Harvard University Press, 1935, reimpr. 1971): 342. Plinio habla también de la «elefantiasis» (NH 26, 5). Cf. el comentario de J. Hardouin: «In Germanice quibusdam oris non infrequens morbus: in Hispania Africaque, quam in reliquo orbe frequentior: in Gallia Narbonensi, Aquitaniaque, quam in reliqua Gallia. Elephantia haec Graecorum, sive lepra dicitur: a qua differt elephantia Arabum, quae insignis est unius vel alterius pedis tumor» (Leipzig, 1788): 777. El nombre del elefante identifica la gravedad de la enfermedad. La palabra ἑλέφας como término patológico no aparece en el *Corpus Hippocraticum*, pero la expresión «enfermedad fenicia» (*Prorr.* 2, 43) se refiere a la lepra.
18. Areteo (4, 13) y Paulus Aeg. (4, 1, 4) explican el nombre de «elefantiasis» por el parecido del enfermo con el animal; cf. F. Skoda. *Médecine ancienne et métaphore. Le vocabulaire de l'anatomie et de la pathologie en grec ancien* (París, 1988): 231-234, donde estudia con detalle las afecciones de la piel.
19. *Gran Enciclopedia Larousse*. Vol. 4 (Barcelona, 1970<sup>2</sup>, reimpr. 1980): 144. Cf. E. Klein. *A Comprehensive Etymological Dictionary of the English Language* (Amsterdam, Oxford, Nueva York, 1971): 241: «a disease of the skin characterized by the thickening of certain parts of the body».
19. Sobre la metáfora y la metonimia, vid. S. Ullmann. *Précis de sémantique française* (París, 1952): 278; M le Guern. *Sémantique de la métaphore et de la métonymie* (París, 1973), Introd.

historia de una palabra. En el caso de ἔλεφαντίασις, no hay necesidad de buscar su origen fuera del griego para aprehender todo su contenido semántico en español, dado que el significante (nombre de animal) se identifica con su significado (aspecto de elefante)<sup>20</sup>.

La denominación de la lepra por su naturaleza «escamosa» era en griego κελειρία, derivado de κελειρός según el procedimiento común de nombres de enfermedades (πνευμονία, ὄφθαλμία, etc.)<sup>21</sup>. Esta palabra, considerada un préstamo arameo, reproduce la raíz *qlp* (árabe *qalafa*), «arrancar la piel», y siríaco, *qđlāfā* «corteza, escama»; cf. *qđlāfānā*, «lepra». Al igual que en otras lenguas, el nombre de la lepra procede de su aspecto; cf. gót. *prutsfill*, «piel escamosa»; irl. *trosc*, «lepra»; bret. *trousk(en)*, «costra»<sup>22</sup>.

El griego ἄλφος pertenece a la familia de lenguas indoeuropeas que significan «blanco», de la raíz \**albho-*:

- germánico *albiz*, «cisne»
- armenio *alauni*, «paloma»
- hitita *al-pa-áš*, «nube»<sup>23</sup>.

Significa «mancha blanca»<sup>24</sup>, y, por analogía, designa la lepra. Su aspecto es particularmente llamativo, ya que, debido a la irregularidad con que se extiende, parece *facies leonina*. Sus efectos nos son conocidos por una cabeza de terracota del siglo III aC, actualmente en el Instituto Politécnico de Atenas<sup>25</sup>. El *alphos* es, según Celso, una variedad de *vitiligo*, que incluye tres clases de lepra: blanca (*alphos*), negra (*melas*), y blanca brillante (*leuce*). Esta última se caracteriza por un vello blanco que sale en la piel<sup>26</sup>.

20. Sobre la identidad del griego *elephant-* y del hitita *lahpa-*, ofrece un interesante análisis E. Laroche. «Sur le nom grec de l'ivoire». *R. Phil.* 39 (1965): 56-59. De su teoría de un préstamo hitita depende gran parte de nuestra interpretación en nuestro artículo. Cf. su artículo «Correspondances lexicales hittites, latines et grecques». *R. Phil.* 42 (1968): 242-47; y H. Kronasser. *Etymologie der Hethitischen Sprache*. Vol. 2 (Göttingen, 1987<sup>2</sup>): 5, 129, y 184. Klein explica la etimología como palabra compuesta: ἔλ-έφας, cuyo primer elemento aparece en hitítico *elu*, «elefante»; id. > prob. pers. *p-il*, ár. *ph-il*, hebr. *p-il*. El segundo elemento es préstamo egipcio. Cf. E. Klein, op. cit., p. 241.
21. Para este tipo de derivados, vid. M. Scheller. *Die Oxytonierung der griechischen Substantiva auf -ia*. (Zürich, 1951): 41. Tesis doctoral.
22. E. Benveniste. «Un nom grec de la lepre». *R. Phil.* 38 (1964): 7-11.
23. J. Pokorny. *Indogermanisches Etym. Wörterbuch* (Bern, 1949-1959): 30-1.
24. Y no «lepra», como define DGE, p. 174. Cf. ἀλφοειδής πρόσωπος «rostro manchado de blanco», Gal. 6, 243. Lev. 13, 39: *si viro aut mulieri... alphos est*, trad. por B. A. Levine: «if a man or a woman has the skin of the body streaked with white discolorations, and the priest sees that the discolorations on the skin of the body are of a dull white...». En *The JPS Torah Commentary. Leviticus* (Filadelfia, 1989): 81. Sobre este significado, vid. I. Goldman. «White Spots in Biblical Times». *Arch. Derm.* 93 (1966): 744-53; E. V. Hulse. «The nature of biblical leprosy and the use of alternative medical terms in modern translations of the Bible». *Palestine Exploration Quarterly* 107 (1975): 87-105. Sobre el tratamiento de la lepra con heléboro negro, vid. Diosc. *Mat. Med.* I, 149.
25. Cf. F. E. Hoggan. «The leper terra-cotta of Athens». *JHS* 13 (1892): 101-3; M. Joeli. «A *facies leonina* of leprosy on an ancient Canaanite jar». *JHM* 10 (1955): 331-35.
26. Cels. *De Medic.* 5. 28, 19.

Tal aspecto fue, seguramente, lo que permitió a Malambruno ridiculizar a la Dolorida y a sus tristes dueñas. Las barbas «albarrazadas», igual que los ratones «albarazados», tienen el color moteado. Este adjetivo, utilizado por Cervantes con toda su precisión semántica, es derivado de «albarazo». Y en su etimología árabe está presente un doble significado: «alfos» y «lepra».

Procedente de la raíz indoeuropea \*lep-, «pelar, despellejar»<sup>27</sup>, λέπρα designa la enfermedad por su efecto. De cuantos dispone el griego, es éste el término más usual, y el que conviene al étimo árabe. Cervantes, buen conocedor de la lengua griega, utiliza el término justo para lograr el efecto irónico. Sus damas y sus ratones, igual que las uvas de Andalucía<sup>28</sup>, ofrecen un mismo aspecto: manchado; como manchado parece el cuerpo del leproso, que va siendo despellejado por los efectos de la enfermedad.

Han sido varios los cambios de definición que ha sufrido «albarazo» en su trato con la Academia. Lo que fuera en un principio: «dícese de lo que declina de su color natural hacia lo blanco» pasó a ser «de color mezclado de negro o cetrino y rojo, abigarrado». Corominas, por su parte, no cesa de buscarle a este vocablo un significado idóneo: las barbas de las damas las ve «entrecanas», y los ratones, «manchados de blanco sobre fondo gris»: «La filiación semántica entre las uvas o ratones manchados de blanco y el *alvarazo* que Nebrija define "mancha blanca", *alfos*, es evidente. Así que es ocioso buscar etimología diferente a *albarazado*, como hace Steiger; además, su étimo árabe *ábras*: bigarré, es inaceptable fonéticamente» (DECH I, 114-15).

En materia científica, los árabes no se complicaban al tratar de adaptar un término griego a su lengua. Si no disponían de él, recurrían o bien a una traducción exacta, o bien a un mero calco, imitándolo. Por ejemplo, al *nervus recurrens* (τό παλινδρομών νεῦρον) lo llamaron en árabe *al-asaba ar-râji'a ila fauq*, «el nervio que vuelve hacia arriba». Si consideraban que su lengua carecía de la expresión adecuada, recurrían al siríaco o al persa: las «manchas movedizas», o *muscae volitantes*, se llaman en siríaco *bâd bakhast*: la primera palabra es siríaca («opacidad»), y la segunda es persa («vuelo de moscas»). Al árabe fue traducida como *khayâl*, «lo que uno ve como sombra». En cuanto al artículo *al-*, nos ayuda a veces a explicar cambios a primera vista injustificables. Valga como ejemplo la traducción de la *megâlê* de Claudio Ptolomeo: los árabes añadieron el artículo *al-*, y cambiaron *megâlê* en *mégistê*, que tradujeron como «el más grande»; pasó al árabe como *al-Majisti*, y posteriormente al latín medieval como *magasiti*<sup>29</sup>. Para identificar una cosa, no le queda al árabe más remedio que usar el artículo, ya que para él la identidad léxica resulta inexistente<sup>30</sup>. En el caso de «albarazo», no hay nece-

27. Pok., IEW, p. 678.

28. DRAE, p. 54; *Dicc. Aut.*, s. v.

29. Vid. M. Meyerhof. «New Light on Hunain Ibn Ishâq and his period». *Isis* 8 (1926): 712.

30. Cf. J. M. Solá-Solé. «El artículo al- en los arabismos del iberorrománico». *RoPh* 21 (1968): 281, citado por J. L. Rivarola. «Albaquí, Baquí, Baquiano. Notas sobre el origen de una americanismo». *ZRP* 101 (1985): 49.

sariamente presencia de artículo, sino sonorización labial. Con respecto a la consonante final, cf. la adaptación del griego *στουχείον* como *istigs*<sup>31</sup>.

De los distintos nombres que en griego tiene la lepra, todos describen una particular manifestación en el leproso. Los conceptos de color, aspecto y naturaleza ven modificado su matiz al ser utilizados en forma adjetiva. No cabe duda de la etimología árabe del sustantivo «albarazo»; sí, en cambio, de la del adjetivo. Si en la labor etimológica prima el rigor fonético, o el morfológico, por encima del semántico, nunca cesarán los errores de interpretación en palabras que, bien modificadas por el uso popular<sup>32</sup>, bien como ésta de Cervantes, trascienden su propio significado, y son expresión de una historia.

El pasaje del *Quijote* es comparable a otros, bien conocidos, de la Sagrada Escritura: María, hermana de Moisés, es cubierta de lepra («como la nieve»), por haber cometido una ofensa divina<sup>33</sup>. En el *Quijote*, la condesa y demás dueñas son cubiertas de barbas albarazadas, por ofender al gigante Malambruno. También un caballo —volador para la condesa— es lo que hace posible el milagro de la curación; pues, en efecto, la lepra, que constituye el castigo por un pecado cometido, sólo puede ser curada por intervención de un milagro. Tan milagroso es que vuela el caballo de Merlín<sup>34</sup>, como lo es la curación de Naamán, quien se dirige, montado en sus caballos, a lavarse en el Jordán<sup>35</sup>.

Las barbas «albarazadas» son de aspecto grisáceo moteado, como «Moteado» era el apodo de Job de Edessa, de nombre Ayyūb Ar-Ruhāwī Al-Albrash. Todavía hoy se usa en Egipto *abrash* para el «cabello moteado de gris»<sup>36</sup>. La similitud entre *al-abrash* y *al-baras* no es difícil de ver, como no lo es una posible metátesis de su consonante labial (cf. «acelga», del ár. *silqa*, y éste del gr. *sikelós*). A ello hay que añadir que Cervantes utiliza distinta grafía para las uvas («albarazadas») que para las damas («albarazadas»). El sonido de esta -r- geminada, que constituye un *hapax legomenon* de gran interés, nos recuerda a otra palabra de significado muy distinto: «albarraz», hierba piojera con forma de espuela de caballero, usada antaño por quienes cuidaban poco de su higiene para matar los piojos<sup>37</sup>. Después de

31. Cf. M. Meyerhof. «An Arabic Compendium of Medico-Philosophical Definitions». *Isis* 10 (1928): 343-44. Sobre los errores de traducciones griegas ofrece un magnífico estudio E. G. Browne. *Arabic Medicine* (Cambridge, 1921): 29.

32. Por ejemplo, «albatros», del port. *alcatraz*: del ár. al-qādūs, y éste del gr. *kados*: jarra, que, debido al color blanco del albatros, modificó la forma del portugués. Cf. E. Klein. *A Comprehensive Etymological Dictionary of the English Language* (Amsterdam-Oxford-Nueva York, 1971): 21.

33. Núm. 12. 10

34. El motivo del caballo volador era muy común en la literatura europea del siglo XIII.

35. 2 Reyes 5. 9-14.

36. Cf. Meyerhof. «New Light...», p. 703.

37. «Albarraz» (del ár. *hābb ar-rās*, «siente de la cabeza»), conocida también como «estafisagria», «paparrás», «hierba piojera», etc. Cf. P. Font Quer. *Plantas Medicinales. El Dioscórides Renovado* (Barcelona, 1981): 219-20. Acerca de otras hierbas recomendadas para curar los albarazos, vid. *ibíd.*, p. 428; la ruda, muy popular por sus múltiples usos.

En Egipto, se han utilizado desde siempre los granos de *ammi maius*, por su virtud carminativa, para reconstituir una pigmentación normal en el caso de *vitiligo*; cf. J. A. Barral - H. Sagnier. *Dictionnaire d'agriculture*. Vol. 1 (París, 1896): 371.

todo, poco tiempo les quedaría para higiene a las dueñas del *Quijote*: «todas vestidas de unos monjiles anchos, al parecer, de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas, que sólo el ribete del monjil descubrían. Tras ellas venía la condesa Trifaldi, vestida de finísima y negra bayeta por frisar, que a venir frisada, descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Martos. La cola era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes... la condesa Trifaldi, como si dijésemos la condesa de las Tres Faldas»<sup>38</sup>.

Y es que, en definitiva, «con toda la abrumadora obra crítica que pesa sobre el texto del *Quijote*, en verdad todavía está por hacer el análisis adecuado de sus diversos niveles y maneras de prosa, y de la intención significativa a que responden»<sup>39</sup>.

Conviene, pues, llegar hasta la etimología remota para conocer el campo semántico de una palabra en su aspecto diacrónico. El significado de la etimología inmediata carece de los matices necesarios para entender una palabra de uso histórico, como es «albarazo». Si tal fuera el proceder de los diccionarios, se evitarían ambigüedades, así como ciertas confusiones entre palabras de origen completamente distinto<sup>40</sup>.

Creemos haber ilustrado con justeza la historia de un campo semántico, y haber mostrado una acepción nueva de este término de Cervantes, quien, erudito donde los haya, espera de su lector que no lo sea menos. No es la condesa, precisamente, quien en su acalorado discurso distingue entre la lengua sirfaca y la candayesca en las letras del pergamino, ni es ella quien recita a Virgilio en su adiós *quis talia fando temperet a lacrymis* (*Quij.* 2. 39). Pero, ciertamente, el lector del *Quijote* que desconozca la palabra «albarazo» espera encontrar en los diccionarios una explicación etimológica que le haga entender por qué Cervantes utilizó ese vocablo, y no otro, para ridiculizar a sus condesas.

38. Lib. II, cap. 38. Hemos utilizada la edición de J. J. Allen. (Madrid: Cátedra, 1988).

39. F. Ayala. *Los ensayos. Teoría y crítica literaria* (Madrid, 1972): 605.

40. Por poner sólo un ejemplo, «alosa» (también del ie. \**albo-*), del galés *alaua*, «pez sábal», que debe el nombre a su color blanco; Corom. I, p. 207, lo deriva del latín *alaua*, y menciona el origen galo, pero no explica su etimología. Cf. J. Pok., p. 31; G. D. Dottin, *La langue gauloise* (París, 1920): 225. En otros casos, hay una limitación debida a un error en la atribución de etimología remota. Tal es el caso de «cifosis», aceptado como sinónimo de «sifosis». Cifosis: «Encorvadura defectuosa de la espina dorsal, de convexidad posterior» (gr. *κύφος*: convexo). Es, según Hipócrates (*Art.* 41), «la joroba». Derivado de este término, «cifonismo» es el suplicio de la argolla, que consiste en exponer al sol a la víctima desnuda, con la cabeza metida en un marco de madera que lo mantiene inclinado. La doble etimología aceptada por la Real Academia (del griego *σφών*: tubo acodado) es incorrecta. Corom. II, p. 72 lamenta como injustificable la variante «sifosis» admitida por la Academia, pero no explica por qué. Otras veces, se pueden confundir palabras de significado completamente distinto.

Bajo la raíz \**ghel-unā*, «mandíbula», incluye Watkins la palabra *chilopod*, que debería estar en la raíz \**ghesto-* «mil». Cf. C. Watkins. *The American Heritage Dictionary of Indo-European Roots* (Boston, 1985): 22.